

res de taberna. Esto sería útil: todas las mujeres de estos desgraciados que comen el pan seco con sus hijos, porque les han arrancado su corazón juntamente con su Dios, me lo agradecerían. Y sería fácil, porque los hechos indiscutibles abundan y hablan, gritan y estallan debajo del medio celemin con que se les cubre sistemáticamente.

Sería además oportuno, porque hace ya realmente mucho tiempo que Diógenes se pasea con su linterna en pleno medio día para negar la existencia de la luz. Sería también hermoso, porque correría uno riesgo de ser escarnecido al mismo tiempo por el cinismo, por la sátira, por la copla, por la gacetilla, por todos los comerciantes al pormenor que venden el vicio, el crimen, la disolución, los cuales echarían instantáneamente por debajo de la puerta la llave de sus tiendas si, por imposible, el pueblo se despertase una mañana contemplando la verdad y viendo claro.»

Me decía yo estas cosas confundiendo como se vé, acaso porque son inseparables, la causa de Dios y la de los Jesuitas, que fué, es y será siempre la causa del pueblo á despecho del mismo pueblo y de sus envenenadores.

Sin embargo, despedí á mi director imparcial, especie de negocio viviente, buscando su millon tan pronto á la derecha como á la izquierda, sin amor, sin ódio, sin convicción, pero siempre con entusiasmo; siempre dispuesto, así para lo blanco como para lo negro, según el viento, la marea y la *oportunidad*: imágen de la actividad enteramente vana que constituye la vida de nuestra época, tan inteligente y tan obtusa.

Me negué á todo: á lo malo por instinto de probidad, porque me disgustaba, por decencia; al bien por cobardía. Tuve miedo.

II.

Tuve miedo de echar sobre mí el peso de todas esas gentes que fabrican el éxito; porque yo adoraba el éxito, y no tenía otro Dios. Tuve miedo á mis enemigos; se lo tuve, sobre todo, á mis amigos. Decir todos los testimonios involuntariamente favorables á los Jesuitas, que yo habia encontrado buscando su condenación en el monton de papelotes en-

negrecidos por sus más encarnizados adversarios, hubiera sido comprometerse para siempre.

Soy de tal condicion, que no puedo detenerme á la mitad del camino. Si me hubiera dejado coger siquiera la punta de mi dedo meñique en el engranaje, tras del dedo me habria ido en cuerpo y alma. Dada mi naturaleza, con mis pocos años, no podia considerar la cosa sino como una ruidosa provocacion lanzada contra la iniquidad triunfante, convertida en *opinion pública* desde el desdichado Pascal, magnífico juguete de la perfidia calvinista embozada en el grave manto de los solitarios de Port-Royal.

Esta mentira, este error, digo, para tratar cortésmente áun á los comerciantes de ultrajes, gracias á las diferentes capas de oposicion maligna, que por espacio de tres siglos se vienen sobreponiendo á manera de sedimentos, y que forman guano, habia adquirido una importancia, por decirlo así, oficial: porque la oposicion siempre llega á ser Gobierno con el tiempo, como si hubiera de demostrar á los necios que no es oposicion sino para ser Gobierno, y que las palabrotas sonoras que

alimentan la enfermedad social, no contienen otra cosa sino la codicia de algunos ambiciosos vulgares que perturban el Estado para trocar su raído leviton por un traje de brocado.

Esta mentira, decia yo, ó este error, acreditado hasta en los palacios mismos de los reyes por sus favoritas, por sus ministros, por sus Parlamentos, por una parte, afortunadamente mínima, del Clero, por los poetas, por los abogados, por los filósofos, por los marquesitos, en una palabra, por todos los laborantes de la oposicion que en el palacio, desde su gabinete, ó en las calles, sabiéndolo ó sin saberlo, abrieron la honda sima de la revolucion, habia llegado á ser para los liberales una especie de arca santa, á la cual no era lícito tocar.

Desde los doctores que calumnian con grandes y hermosos libros lujosamente encuadernados, hasta los pelagatos que despachan al pormenor el insulto en los folletines, ó lo reparten en pequeñas dosis para las noticias del dia, y los mamarrachistas que lo escriben con carbon en las caricaturas, todo el mundo daba á los Jesuitas su obligado puntapié, como todo el mundo se vacuna y entra en quintas. Yo

hasta los hombros en este arroyo en que hay tanto dinero y tan fácil es cojerlo.

A todo esto, Dios me buscaba. Caminando á la ventura crucé un dia por el hermoso y recto camino del reverendo Padre Olivaint, que de allí á poco hubo de recibir la corona del martirio de manos de algunos perdidos del mísero pueblo de París, á quien amaba tan ardientemente y á quien habia socorrido toda su vida. Habia yo confiado á los Jesuitas la educacion de mis dos hijos mayores, á los cuales siguieron oportunamente los otros dos.

¿Comprendia yo bien entonces toda la grandeza de esta institucion? Creo que no; porque en suma, no conocia aún de los Jesuitas sino el himno entonado en loor suyo por la cólera impotente de sus calumniadores. Necesitaba yo algo más que esto; adormecido en brazos de mi prosperidad mundana, necesitaba un castigo para despertar, un dolor que hiciese verter lágrimas á mis ojos.

Este castigo vino por la misericordia de Dios á visitarme; atacado de repente de un dolor desconocido que me puso á dos dedos del sepulcro, en aquel solemne momento en que el alma doliente duda y vacila, solicitada de una

parte por el arrepentimiento y la vida, y de otra por la rebeldía y la muerte, fuí asistido por un Jesuita que me mostró su Crucifijo en mi agonía, y me libró del abismo de la desesperacion.

Y un dia, ¡el dia más hermoso de mi vida! vine á arrodillarme en una capilla de Jesuitas, ante el sepulcro donde descansan los restos mortales de un dulce, humilde y noble corazon, de un Apóstol, del Jesuita Pedro Olivaint, que estaba entre el altar y yo, y rogaba por mí en el momento en que yo, perdonado ya, recibia á mi Dios en la Hóstia Santa.

He dicho esto otras veces: aquí y allí, en todas partes; no me reconvengais porque lo repita, pues seria inútil. Lo diré, lo repetiré, con el corazon lleno de gratitud y alegría hasta la última hora de mi vida.

Mi conversion es mi nobleza, mi gloria y mi victoria en este mundo, antes de ser mi salvacion en el otro. Así recojo con piadoso cuidado todo lo que de cerca ó de lejos se refiere á mi conversion. He hecho un libro sobre ella y he de hacer otros diciendo y repitiendo: *Quia fecit mihi magna qui potens est.* ¿Por ventura

no tengo el derecho y el deber de cantar el *Magnificat* de mi gratitud inmortal?

¡Oh Dios y Señor y Salvador mio Misericordioso! No siempre os servís del mismo medio para traer las almas á Vos, sino á cada alma que se extravía, le alargais el cable que precisamente le conviene para librarse del abismo. Yo era frívolo y sutil, y hé aquí que habeis puesto en mi camino esta pequeña aventura, frívola y sutil como yo: de los mismos documentos amontonados para aplastar á vuestros siervos, y hojeados al azar por una mano mercenaria (hablo de la mia) que buscaba armas y municiones para un mal combate, salió repentinamente un soplo de verdad, que fué salir del seno de la calumnia almacenada y concentrada á fuerza de trabajo.

No me parece á mí que hubiera habido en el mundo cosa de tanta eficacia para conmoverme como aquel lance teatral. Yo, fabricante de peripecias y sorpresas, vine á ser parte en una peripecia y en una sorpresa dispuestas ambas por la mano del Señor. No me habla convertido todavía á Dios, porque no era esta entonces mi voluntad, pero ya estaba prevenido para este feliz suceso. La artillería que yo habia pedido

prestada á la incredulidad, al jansenismo, al protestantismo, al nihilismo, y en suma, á todas las traiciones con que se ganan los treinta dineros que no puede el hombre llevarse consigo despues de la muerte; esa artillería, digo, fué como los cañones chinos, á los que, segun cuentan, les suele salir el tiro por la culata; este descubrimiento hícelo yo antes de librar la batalla, cuando me ejercitaba en el tiro. Y fué tan insignificante el trabajo que me costó echar de ver la mala calidad de tales armas, que en lo sucesivo no podia reconocer ni aún la buena fé de los que las usaban.

No hay duda que la prevencion, la obstinacion, la ceguedad, el ódio y todas las pasiones de nuestra enferma y miserable naturaleza influyen en el ánimo de los tales; pero hay evidencias que claman de tal suerte, que es preciso taparse los oidos para no oir el testimonio de los que ven, aún cuando se haya tomado la precaucion de sacarse ambos ojos para no ver por sí. Se sigue un partido determinado, se sufren tales ó cuales influencias, y desde que la nobleza ya no obliga, se la sustituye desgraciadamente con el sórdido comercio.

No hay sino coger á solas á esas gentes que

acusán á las hijas de Caridad de castigar con quemaduras á las niñas, y confesarán de buen grado, á fuer de personas honradas, que esa manera de hablar nó es otra cosa de su parte sino una ingeniosa metáfora.

Es probable, sin embargo, que en la próxima feria de mártires se vendan algunas Hermanas de la Caridad. En realidad creo que hasta ahora no se ha fusilado á ninguna. ¡Milagro es! ¡Y si supiéseis, señores denunciadores de la abnegacion, qué fervoroso cántico de misericordia entonarían en favor vuestro esas valerosas hermanas el día en que con esas plumas, semejantes á los susodichos cañones chinos, les abriéseis violentamente y sin quererlo, las puertas del Paraíso celestial!

Y ya que hablamos ahora juntos un momento, mis queridos amigos de antaño, á quienes amo siempre y por quienes ruego de corazón día y noche, sin exigir en cambio el menor reconocimiento, me acuerdo que os ví muy indignados, muy afligidos, y sobre todo muy aterrorizados hace seis años, al día siguiente de los terribles sucesos que llenaron de estupor á París, á Francia y al mundo entero. Creo poder afirmar, que el asesinato de los re-

henes (incluso los Jesuitas) os inspiraba un sentimiento muy parecido al horror, y que protestábais con indignacion cuando la lógica de algunos de nosotros indicaba cierta conexión entre estas catástrofes y el chispeante ingenio de vuestros artículos.

Esto os desagradaba. No queríais convenir en que vuestras elegantes cuartillas pudieran servir de taco al *chassepot* de algun borracho sanguinario.

Sin embargo, durante tres meses, por lo menos, vuestros artículos tomaron un tinte... ¡oh! un tinte casi edificante.

Lo comprendo perfectamente. Siendo niño produje un incendio en mi casa jugando con unos fósforos, y tambien por espacio de tres meses me inspiraron los fósforos mucha repugnancia. Al cabo de tres meses hice lo mismo que vosotros; volví á abrir la caja de fósforos. Pues bien, creedme si quereis; la misma causa produjo el mismo efecto, y el incendio se repitió; por fortuna la casa estaba ya asegurada. ¡Ay amigos míos! ¿Está Francia tambien asegurada? Yo en vuestro caso indagaria si lo está, antes de jugar con el fuego.

III.

Han pasado treinta años desde el día en que el excelente y habilidoso director de un gran periódico me propuso llevar á los Jesuitas á la picota, ó levantarles un pedestal, dejando á mi imparcialidad el escoger entre estos dos partidos. Treinta años habria pasado yo, no en escribir este libro que intitulo ¡Jesuitas! sino en atesorar el valor suficiente para escribir su primera línea.

¡Pluguiese á Dios que hubiera empleado en efecto esta mitad de mi vida en difundir la luz segun el alcance de mis escasas fuerzas! Pero en vez de hacerlo así, he sembrado mi largo camino de páginas frívolas que han servido de juguete al viento. El nombre de Dios es honrado en ellas vagamente, la religion nombrada siempre en vano, y apenas hay algunas entre todas estas páginas que me sea dado volver á leer con verdadero consuelo. He perdido mucho tiempo. ¡Treinta años! ¡Jesuitas! ¡Ah! ¡Cuántas veces en tan largo espacio de tiempo he usado esta palabra con ligereza, cuando no injuriosamente, ántes de conside-

rarla como el título de honor más hermoso que puede darse á un siervo de Jesucristo!

Vuelvo á tomarla aquí en su acepcion de insulto, sufrido humilde y noblemente; acepcion que implica un ultraje al nombre de Dios, una injuria inferida á Dios ántes que á los hombres. Llamo á mi libro *¡Jesuitas!* como lo llamaria *¡Ladrones!* ó *¡Malvados!* como Voltaire llamaba á Jesús ó á su Iglesia: *¡Infame!* Siempre el nombre santísimo del Salvador de los hombres es el escarnecido á la faz de los hombres, con la complicidad de los hombres, por la posteridad de los que á pesar suyo fundaron en cierto modo el Cristianismo clavando á Cristo en la cruz.

Todo lo que se hace contra Dios es para la gloria de Dios.

No temo que se me acuse de confundir una cosa con otra y de hacer que recaiga sobre la Iglesia, mezclando dos causas que no pueden separarse, la milagrosa impopularidad de la Compañía de Jesús.

Esta impopularidad, ¿no es, en suma, la popularidad más grande que los siglos hayan podido amar ó aborrecer, despues de la misma gloria de Dios y de la santidad de la Iglesia?

¿Y no se podría decir también que es, aunque más en pequeño, la propia popularidad de Dios y de la Iglesia?

¡Ah! Estoy pronto desde luego á retirar de este libro cualquiera palabra que no merezca la entera aprobacion del Padre comun de los fieles; pero también sé anticipadamente que Dios y su Iglesia no reniegan de los que les sirven. Los Jesuitas no son ni Dios ni la Iglesia; pero salen del corazon de la Iglesia para enarbolar el Corazon de Dios al frente y al lado de la Iglesia.

Por pesada que sea su cruz, hecha de gloriosos oprobios y llevada entre los desprecios del mundo, ¡qué son esta cruz y los oprobios que aumentan su peso, al lado de la Cruz del Infamado por excelencia, cuya afrenta y dolor fueron sin límites, tales como convenia que fuesen el dolor y las afrentas de Dios!

La Compañía de Jesús atrae hácia sí la mayor parte de los ódios concitados contra la Iglesia, porque vivaquea más cerca del enemigo, siendo como ha sido, es y será, desde la hora de su nacimiento, la guardia de honor en las avanzadas del ejército de Dios; toma la mayor parte de la herencia legada por la pa-

labra misma de Cristo á su familia de apóstoles, amenaza preciosa y promesa terrible (1), porque fué instituida expresamente para oponer su pecho desnudo á la revolucion engendrada por la doble apostasia de Lutero y de Calvino, rebelde brutal el uno, y el otro despota y fanático hasta la hoguera; ambos profetas y artífices de las convulsiones que sacuden la tierra en nuestros condenados tiempos, como si la caduca barbarie de la ciencia y del entendimiento, embriaguez de las civilizaciones enervadas, debiera aventajar en las ruinas que causó á la salvaje pero robusta accion de los antiguos bárbaros, azote fecundo, aunque horrendo, de donde brotó la juventud de los pueblos modernos.

Nada puede salir, por el contrario, de las negaciones que nos rodean. La irrupcion de aquellos hombres duros y feroces á cuyo impulso fué sepultado el Bajo-Imperio, trajo consigo el caos, es cierto, pero aquel caos era una

(1) «Sereis dichosos cuando os maldigan y os persigan y digan contra vosotros toda clase de injurias y de mentiras por mi causa: alegráos entonces y estad contentos, porque vuestra recompensa será rica en el cielo.»

confusion llena de sávia y de riqueza que el Cristianismo iba á animar iluminándola; mas la invasion actual no trae nada, sino el bronce de Prusia y el oro americano, el egoismo, el cálculo, el frio de la fiebre y el vacío saturado de ódio.

Y es cosa lamentable, en verdad, ver á pueblos decrepitos pertrechados con sus matemáticas y blindados de protocolos, preparar con prodigiosa paciencia el gran jubileo de la guerra universal: un tropel de muchos millones de hombres que se ametrallarán unos á otros mecánicamente, con arreglo á perfeccionamientos inverosímiles en el arte de matar, en un choque largo, ancho, profundo, enorme, en el cual nadie verá un rayo de luz.

Hé aquí en qué viene á parar la sabiduría sin Dios. La política materialista, concentrada en este axioma de las decadencias desesperadas: «Después de mí el diluvio;» no tiene ya otro expediente que una danza sangrienta en la frontera para *contener el interior*. La guerra es un espectáculo, la invasion un comercio.

Europa espera, Europa se estremece: ¡ah! Europa está muy ocupada; porque, á pesar de sus terrores, necesita jugar á la Bolsa, necesita

comerciar, perorar, redactar, elegir, disparatar y hasta discurrir, todo esto para vivir; necesita aburrirse y divertirse, viendo fundir los cañones.

¡Y qué magníficos cañones! Diez siglos se han empleado en perfeccionarlos; en este género no se hará nada mejor nunca... hasta el año que viene.

¿Es esto todo? No; acabo de deciroslo: los cañones harán el mismo papel que el famoso órgano de Barbary de las *Causas célebres*, que tocaba fuera la cancion de Mambrú, mientras que dentro asesinaban á Fualdés.

¿Cuáles son, pues, los ruidos que es preciso ahogar en Europa y en Asia con el órgano monstruoso de la guerra? ¿Qué sucede en lo interior de todas estas grandes casas que se llaman reinos, repúblicas ó imperios? ¿Quién engaña á quién?

Este es el secreto de la eterna comedia que todo el mundo sabe, pero que todo el mundo ignora. Los reyes son muy hábiles, y los tribunos muy ávidos: á la verdad, el arma más mortífera de todas estas no es el cañon.

Pero entonces, ¿por qué lanzar el grito: ¡Jesuitas! ¿y qué viene á hacer en medio de estos

ruidos de guerra ó de revolucion un libro que no habla ni del arma de los tribunos, ni del arma de los soldados?

Miradlo mejor, escuchad más atentamente: por debajo y por encima de esos groseros murmullos gritan ó aullan otras voces. Dios castiga, pero no matará ántes de la hora final que tiene anunciada, y hay un imperio que nunca perecerá, el de la fé: la Iglesia.

La Iglesia combatirá hasta el fin de los tiempos su rudo y glorioso combate, y no alcanzará nunca completa victoria, pero nunca será vencida: *Non praevalent*. En la hora misma en que sus enemigos la crean por tierra, se volverá á levantar todavía más valerosa y llena de vida. Dios lo ha prometido, Dios es soberanamente fiel en cumplir sus promesas.

En sentido contrario al del movimiento de impiedad y de demencia que agita furiosamente á este siglo, se marca otro movimiento. No me conviene medir aquí, ni pesar á la ligera, la importancia de este movimiento que apenas nacido toma ya tan grandes proporciones: cada uno puede apreciarlo por las iras y el terror que inspira. La Compañía de Jesús, siempre expuesta á los primeros golpes, ha

sufrido en primer término los ataques suscitados por este movimiento; contra ella han vuelto á lanzar acusaciones cien veces refutadas y otras tantas resucitadas incensantemente desde el dia en que el Parlamento de París, tan cariñoso con los asesinos de Enrique III, erigió en frente del palacio de Justicia aquella famosa pirámide que declaraba á los Jesuitas convictos del asesinato de Enrique IV.

Enrique IV se encontraba bien, gracias á Dios, y no estaba de humor de tolerar este juego de hipócritas austeros que, para hacerse perdonar sus verdaderas felonías, exageraban las muestras de una abnegacion que no tenían. Conocía á su Parlamento, y conocía á los Jesuitas.

Enrique IV se hizo el abogado de los Jesuitas inocentes y el juez de sus criminales jueces, los cuales escucharon, con las orejas bajas y la palidez en la frente, su defensa elocuente seguida de su punzante sentencia.

Nunca Enrique IV fué más rey que aquel dia; nunca levantó más el tono vigoroso de su lenguaje tan delicado, tan varonil, tan franco y al mismo tiempo tan francés. ¿Por qué no ha de haber en el Louvre un cuadro que in-

mortalice aquella escena característica entre todas las que señalaron los primeros pasos del Bearnés en el uso de su autoridad reconquistada? Los hijos de Enrique IV reinaron por espacio de cerca de dos siglos despues, es decir, más tiempo del que necesitaban los Borbones para mandar á sus pintores de cámara que perpetuasen aquel acto soberano de equidad, tan noble y tan elocuentemente ejecutado, que viene escitando desde hace trescientos años la admiracion de todos los historiadores, aún de los enemigos de Dios y de los reyes.

Pero no; los lienzos de nuestros museos tienen otro destino; y no hay que buscar en el Louvre, en la brillante orgía de colores producida por el pincel de Rubens, sino dioses de la fábula conduciendo á no sé qué altar pagano á aquella jóven florentina que nos traía un destino tan sombrío entre los pliegues de su traje nupcial.

Los cuadros, como los poemas, nacen para el éxito y son esclavos del éxito; no se consagran ni poemas ni cuadros á lo que no halaga las manías del vulgo. ¡Un triunfo de los Jesuitas! ¿Quién es el malaventurado poeta ó el desdi-

chado pintor que se atreveria á emprender una tarea tan estravagante? En tratándose de los Jesuitas, es preciso herir, satirizar, calumniar: esta es la regla del éxito y el camino trillado de la gloria.

No sé el nombre del primero que dijo que la grandeza de las obras y de los hombres se debe estimar por la suma de los ódios suscitados por esos hombres y por sus obras; lo que sé es, que esta es una verdad hasta vulgar, y que no parece sino que los pueblos no han tejido su historia en la série de las edades, sino para hacer constar la miserable certeza de este axioma. En toda la antigüedad pagana, tan rica en héroes, no hubo más que tres «justos,» proclamados por unanimidad, en un sentido aproximado al sentido cristiano, y sus coronas han sido esculpidas en la roca de los ódios que se amontonaron en torno suyo para castigar, como era necesario, su intolerable virtud.

El primero, Aristides, fué arrojado de su patria como un malhechor, y los otros dos, Sócrates y Focion, fueron condenados, para que su castigo fuera asimismo ejemplar, á beber la cicuta.

Despues de más de veinte siglos, estas anéc-

30139

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

dotas se cuentan, y hasta se saca de ellas no sé qué melancólica moralidad, en los libros destinados á la juventud. He leído en alguna parte esta amarga reflexion á propósito de Aristides: «Es permitido ser jorobado entre las personas que tienen el cuerpo bien formado: esta es la libertad; pero en un pueblo de jorobados nadie tiene derecho de presentarse sin joroba, so pena de que se dé por ofendida la libertad.» Y bien dicho: esto último es impertinente y hasta tiránico: porque el hombre jorobado tiene el derecho de no ver más que jorobas.

«Aristides merecia su muerte: era un Jesuita ántes de Jesús. No se le debe compadecer. Quien merece aquí compasion, son los atenienses. Aristides marchó al destierro, y el destierro le engrandeció. Sócrates y Focion bebieron su suplicio, y su suplicio los glorificó. Pero los atenienses corrian al abismo de su total é irremediable decadencia, para la cual no hay redencion; las civilizaciones no resucitan nunca.

«Cuando los pueblos mueren se mueren del todo.

«Oh! verdaderamente Aristides no habia me-

nester de abogado; Platon no defendió á Sócrates sino despues de muerto, y el mismo Demóstenes hubiese perjudicado al defenderla, la causa de Focion. Si alguna voz elocuente se hubiese levantado en estos procesos, á los cuales dió tanta celebridad y gloria la desgracia de Atenas, no hubiera sido en pró de Sócrates, ni de Focion, ni de Aristides, sino en favor de los Atenienses. Así sucedió en la causa general del Justo de los justos, de Cristo, condenado por los pérfidos judíos, y desde entonces crucificado todos los días por todos los malvados de todas las naciones. Ni Cristo ni su Iglesia tienen necesidad de abogados.

«Los que defienden á Dios y á la Iglesia no sostienen en realidad más que los verdaderos intereses de los perseguidores de Dios y de la Iglesia. Levantan la voz en la confusion universal, y exclaman: «Atenienses: ¡Tened compasion de Atenas!»

«Así sucede en el proceso de este batallon sagrado del ejército católico: la Compañía de Jesús. Nadie tiene en cierto modo el derecho de defenderla, pues que el campeón que la fundó tuvo cuidado de estipular, en el contrato

celebrado entre su ambicion sublime y la omnipotencia de Dios, que la persecucion debia ser y sería el precio convenido, la recompensa obligada, el estímulo perpétuo de su infatigable esfuerzo; de tal suerte, que toda tregua habia de privarle de un regalo, y todo descanso darle un trabajo no concertado en aquel pacto.

¡Ah! ¡Cuán léjos nos lleva esto de los pactos que regulan las relaciones entre los individuos ó entre los pueblos! No tratemos de explicar la locura de la cruz, sino investiguemos cuando más todo lo que encierra bajo el punto de vista del interés humano.

En el orden de estas concepciones sobrenaturales, ¿no es siempre, en efecto, el interés, el beneficio y la salvacion del hombre lo que se oculta detrás de toda palabra destinada aparentemente á expresar algun atributo de Dios?

No hay más que Dios para el hombre espiritual, para el Santo, para el mártir; por esto es Santo el Santo, mientras para Dios no hay más que el hombre; el mártir, al morir por Dios, no sirve sino al hombre con la maravillosa reverberacion de sus méritos, que se llama la comunión de los Santos. Dios fué el primero que tuvo la locura de la cruz.

Lo que la Sagrada Escritura designa por la magnífica palabra: *la gloria de Dios*, no es (no puede ser) más que la redencion del hombre.

Dios eterno, quien, haciendo el mayor de todos los milagros, ha querido morir, no ha querido morir sino por el hombre. Cuando nos arrodillamos y besamos la tierra,—los que tenemos el admirable tesoro de la fé,—¿qué hacemos sino clamar á Dios para tener más fé, y para que los desgraciados privados de fé abran su corazon á este supremo beneficio? Padre nuestro que estás en los cielos, ¿qué te pedimos sino que «venga á nos el tu reino?» ¿Y qué es tu reino sino el cumplimiento de la palabra de Jesús espirando, el perdon del cielo á la tierra?

Hubo al principio un castigo inmenso para el crimen de la primera desobediencia. Un velo cayó sobre la vista del hombre y de la mujer, desterrados del Paraiso. Este velo que les ocultaba desde entonces el cielo, no les impedia ver la tierra, y se oscureció en ellos el sentido que hace tan fácil la comparacion entre algunas horas del tiempo y los millares de años que no llenan la eternidad.

Prefirieron, en la ceguedad de su caída, el pequeño Hoy al inconmensurable Siempre. Y lo absurdo de este cambio formó á la humanidad y á las religiones de la humanidad durante muchos siglos.

Jesús vino, el hombre levantó su mirada sobre el horizonte terrestre, y fué instruido acerca de su providencial mision que es reconquistar la inmortalidad perdida, en un combate cuyo fin no está aquí abajo. «¡Oh Dios!» dice la oracion que se reza al mezclar el agua con el vino en el Santo Sacrificio. «¡Oh Dios! que criásteis maravillosamente la naturaleza humana en tan alta dignidad y que la habeis restaurado más maravillosamente, dadnos por el misterio de esta agua y de este vino, que seamos participantes de la divinidad de Aquel que quiso participar de nuestra humanidad...»

Lo quiso, pero quince siglos después de la Natividad del Verbo hecho carne, nacieron hombres en el seno mismo del Cristianismo que rehusaron ser por más tiempo participantes de la divinidad.

La rebelion, béstia turbulenta y de mirada torva, saltó fuera del claustro para proponer á la ignorancia y á la miseria la antigua seduc-

cion del plato de lentejas comprado al precio de la herencia divina. Y pareció que el universo entero iba á lanzarse sobre este cebo grosero envuelto en la red de la apostasia.

Entonces nació otro hombre que no empezó fraile, sino soldado, y que, herido en una lucha heróica, fué visitado por Dios en su lecho de agonía. Aquel era el hijo de la gran obediencia militar y de la disciplina que gana las batallas. Vió el mal y se consagró al bien, con la firme conviccion de que su esfuerzo levantaria contra él los ódios conjurados de todos aquellos á quienes daba su vida; pues esto es propio de todos los imitadores de Jesucristo: como Jesucristo, tienen conciencia y voluntad de subir al Calvario.

Este soldado de quien hablo, fué el primer Jesuita y el primer padre de los Jesuitas. Encontró la divisa de los Jesuitas en su profundo, en su ardiente amor á la humanidad.

¡A LA MAYOR GLORIA DE DIOS! exclamó en la primera hora de su cruzada contra el protestantismo, que acariciaba el impotente orgullo del hombre oponiéndolo á la humildad omnipotente de Dios.

Siete palabras en francés, seis en español y

cuatro en latin: *¡Ad majorem Dei gloriam!* Esta era una voz sonora, que fué oída así por el odio como por el amor; esa voz que se cernía en las alturas á que puede subir la voz del alma purificada; que subía como una nube de abrasador incienso hácia el trono celestial, pero quedaba también en el nivel de la tierra, porque esas cuatro palabras latinas, traducidas á la lengua universal de Cristo, significan: *¡A la mayor dicha de los hombres!*

Esta era la verdad, toda la verdad sobre lo que puede hacerse aquí bajo en favor del género humano; porque la mayor gloria de Dios no es sino el más rico y más superabundante rescate de la condenacion de los hombres.

¡Cuándo se comprenderá, pues, que servir á Dios, en el pensamiento mismo de Dios, nuestro amigo de arriba, *amator noster*, es contribuir cada uno á medida de su poder, á la obra maestra de Dios, que es la redencion de los hombres! No se sirve á Dios en beneficio de Dios; pues nada se puede añadir á lo que Dios posee, que es Todo.

No se defiende precisamente á la Iglesia, que es imperecedera; no se defiende solo la causa

de los Jesuitas, que *tienen derecho* á la persecucion, necesaria por el pacto mismo de su institucion.

Lo que se sirve, lo que se defiende y por lo que se aboga es el mayor bien de los hombres en Dios.

IV.

Podrá parecer que hablo con cierta elevacion, pero es porque traduzco bien ó mal elevados pensamientos que distan mucho de pertenecerme. Necesito ahora descender del cielo y tocar á la tierra para decir en algunas palabras el plan de este libro, que será como el prólogo de un trabajo de más importancia, cuyos materiales tengo reunidos.

En la cuenta corriente que compara segun el *debe* y el *haber* los humildes elementos de mi vida, me encuentro deudor de este trabajo respecto á un acreedor que es *mi conversion*. Lo he dicho y lo repito: la desvergüenza de la calumnia dirigida contra los Jesuitas, me ha hecho un gran bien, abriéndome los ojos por lo ménos en las horas de vacilacion, respecto á la buena fé de los enemigos de Dios.